Al margen

Los pasos del cazador

Semanas atrás recorriendo, con los picos de Europa por fondo, las umbrosas y siempre variantes tierras lebaniegas que fueron del marqués de Santillana, quien las trae en alguna de sus serranillas (Bores, Frama, Espinama); llevado del talante «lletraferit» que es nuestra dolencia, iba pensando en el relieve que árboles y flores y animales, llamados por su nombre, adquieren en la poesía de los cancioneros, vale decir, cuando la Baja Edad Media se hace sinónima de Humanismo. Un recobrar el paisaje y distinguir y nombrar sus componentes —pastoras y serranas incluidas— que, recurso poético cuanto se quiera, denota un íntimo trato con la naturaleza; cual no volverá a registrarse hasta el siglo XIX con su inflamado excursionismo, en procura de las raíces nacionalistas. Un integrarse en la naturaleza, no ya a caballo como en los siglos de hierro, sino despeándose.

Mientras los cazadores ya están petardeando —parte de allá de la ventana—, una clave me brinda la lectura del último poemario de José Agustín Goytisolo, que cabalmente se titula «Los pasos del cazador» (Lumen). Sobre todo, su «En mi memoria y en mi lengua», el pimpante prólogo de dos docenas de páginas en que relata cómo su pasión lúdica por la mal llamada caza menor, al llevarle a patearse media Expremadiura y Salamanca y Avila, los montes de Toledo y buena parte de la Mancha, y alternar, conviviendo, con sus gentes, ha contribuido decisivamente a forjar su propio lenguaje y permear esa poesía suya devuelta al canto.

A completar la conocida teoría orteguiana de la caza como busca de una forma de felicidad, nuestro poeta entiende que el ciudadano que se echa al campo con perro, escopeta, canana, percha y bota lo que experimenta es una sensación de libertad, librándose de la noción de la propiedad privada de la tierra como de los mil tabúes de nuestro vivir urbano. «Cuando ese ciudadano —razona— se coloca al cazar en situación parecida a la de sus ancestrales colegas se siente más suelto y libre, menos angustiado y en un entorno físico más grato y natural que el que le envuelve cada día. Así puede olvidar por un tiempo su imposibilidad de satisfacer las necesidades que le imponen, y acallar sus deseos nunca realizados.» De donde se sigue, en vez del orteguiano paisaje con cierva al fondo, este paisaje con figura femenina, pastora o no, desinhibida ante el encuentro en nada habitual, directo y espontáneo. Y también: «Como la libertad es huidiza y la felicidad total no se consigue ni se conseguirá nunca, siempre existirán en la Tierra seres angustiados que, en lo más hondo del intrincado bosque de su memoria, seguirán escuchando los pasos del cazador».

Pasos del cazador, que muy coherentemente se nos dan en metro corto y con nitidez y rotundidad adamantinas, así la difícil sencillez de los cancioneros bajomedievales, los del señorón entrado en caza, a pluma o a pandero, como de los primores fresquísimos, emblemáticos, de esos poetas anónimos que denominamos poesía popular. Unos y otros, como los de Goytisolo, brotados en el canto, escritos para cantar. «Aquel árbol del bello ver / hace de manera quiere florecer: / algo se le antoja», o bien el de «Niña de rubios cabellos, / ¿quién os trajo a aquestos yermos? // Mi ventura, el caballero, / mi ventura». Que no son de Goytisolo, por supuesto; pero tal es el tono, el timbre, de los pasos poéticos de nuestro cazador.

Que cubren, mes a mes, desde que va a codornices —y aun antes, pues la perra debe ejercitarse— hasta la veda, en marzo siguiente. Los pájaros, que aún vuelan tranquilos, la codorniz, más tarde, y la tórtola, que vuelven de Africa; las torcaces —«lo más airoso en el aire»— y la liebre o la perdiz roja por las rastrojeras; la avutarda, y Guadalupe enmedio, el gavilán que en el aire gris planea, y las chicas de Ciudad Rodrigo que no saben besar; el pájaro bobo, la golondrina, el conejo en Arroyo de la Luz —y el Diovino Morales— o en Sierra de Gata; los alcaravanes, el halcón que huye del frío, el sisón, la liebre, la becada donde hay agua (y la hospedera generosa, la muchacha lavándose, desnuda, en el río); el zorro, el conejo entre los brezos, el águila, la perdiz que «hace la torre» tras su postrer y esforzado remontar; los azulones, el mirlo, la cigüeña cuando vuelve el buen tiempo, malo para el cazador; más la amapola en el trigo nuevo, el blanco y lila florecer del ciruelo, el estrenado verde de los chopos.

Así en todo este rosario de ochenta y cinco breves y entonados poemas. Poemas incisivos, y vaya de muestra: «¿Son muy altos los montes / en Cataluña? // Al tren al tren / que sale al amanecer. // ¿Son muy altas las torres / en Cataluña? // Al tren al tren / que sale al amanecer. // ¿Son muy altos los sueldos en Cataluña? // Al tren al tren / que sale al amanecer». Pues no todo son raparigas y beijinhos, pelo y pluma. — M.

Días de varia luz

Atmósfera de interior

Carmen Martín Gaite es la castellana de esos gruesos muros, que mantienen la estancia en una tenue claridad

EN principio creí que se trataba de la última novela escrita y publicada por Carmen Martín Gaite, puesto que me era desconocida. Después caí en la cuenta que de «Fragmentos de interior» existe una primera edición de 1976 hecha por «Destino», y ahora ha aparecido reeditada en bolsillo por Bruguera. De modo que lo más reciente de la escritora salmantina es el volumen «Cuentos completos» (Alianza Editorial, 1979), interesante suma de relatos que devoré meses atrás. Y ahora esa novela anterior a «El cuarto de atrás» («Destino», 1978), que no sé cómo me había pasado desapercibida y no he podido ni querido resistir la tentación de leerla, quizá a destiempo, por el puro placer de instalarme una vez más en el mundo de gasas de Carmen Martín Gaite.

¿Qué significa eso, en realidad? Para mí significa que desde su ya lejana novela «Entre visillos» (1957), Carmen Martín Gaite se me presentó como una novelista que en aquel momento constituía un capítulo aparte dentro de la tónica realista, cargada de fuertes exigencias personales. Desde entonces he aprendido a leer cada uno de sus libros procurando rodearme previamente de un ambiente propicio. Buscando el aislamiento poco menos que absoluto en espacios cerrados, el silencio graso que de tan denso se vuelve casi sonoro y percute en los repliegues hondos de uno mismo; a ser posible, la decoración de la estancia elegida debería responder a un estilo anacrónico, dominando los tonos apagados, vagamente abarrocado; en el exterior, visible desde el sillón de lectura, un cielo uniformado de nubes-esponja grises que abren sus poros y dejan caer millones de gotas pequeñas, tupidas, persistentes, como cansinas pero obstinadas, que salpican los cristales y empapan la tierra, arrancan de ella vapores, el aroma intenso y vivificador de la humedad filtrada, reconcentrada.

Este sería tal vez el escenario ideal para que uno llegara a sentirse verdaderamente introducido en la parcela de dominio de Carmen Martín Gaite, aun antes de tener acceso a sus libros. Un ambiente favorable a la introspección, a recluirse en el círculo rodante de la memoria, a nadar en las aguas profundas de la reflexión, a dialogar con el escorpión de la propia soledad con el afán de sustraerse a las acechanzas del mundo externo o, al menos, saber que se cuenta con un refugio donde guarecerse en el supuesto más que probable que los resultados de la confrontación entre uno mismo y los demás obliguen al rechazo, a la huida y a permanecer agazapado en los sótanos de la fortaleza dormida. Carmen Martín Gaite sabe que es indispensable que el lector comprenda esa necesidad, para ella vital. Carmen Martín Gaite es una mujer de acerada sensibilidad, una novelista sutil que se mueve permanentemente en una atmósfera interiorizada, y ha sabido reproducirla literariamente como quizá nadie más lo ha hecho con tanta precisión en las letras peninsulares.

Me di cuenta en seguida, leyendo una tras otra sus novelas: «Entre visillos», «Ritmo lento» (1963), «Retahílas» (1974), los relatos de «El balneario» (1954) y «Las ataduras» (1957), reunidos más tarde en «Todos los cuentos». El mundo provinciano de fuera visto con temor, con tímido desespero a través de los visillos del recuerdo, por una muchacha que no logra abrir su sensibilidad al exterior y, por el contrario, sintiéndose rechazada, la interioriza más y más. Diálogos de reencuentro obstinado con la memoria acerca de realidades que han dejado ya de serlo, abolidas por el fluir del tiempo, convencidos de antemano los interlocutores de la inconsistencia y la inutilidad de las palabras a las que se aferran, aun sin convicción. La mujer mirándose al espejo de los años idos, buscando la imagen de la niña con las ilusiones ya perdidas, sentimientos marchitos por el ejercicio del vivir cotidiano, afirmándose a sí misma en el pequeño reducto del pensamiento discurriendo en clave de soledad... En todo momento y en cada página de su corpus literario, la mujer abrazada a las leyes absolutas de la mente, ante la superficie reflectante que le devuelve su propia imagen en términos de realidad implacable, desprovista de afeites compasivos, asumida al fin con sencillo dolor pero sin aspavientos inútiles, con cierta desgana producida por la fatiga de saber que todo intento de lucha —¿contra qué o contra quién?— se resolvería en fracaso.

Esa es la atmósfera que recrea y transmite magistralmente Carmen Martín Gaite incluso en «El cuarto de atrás», donde por primera vez remite la realidad de sus obsesiones personales a la simbología llamada mágica. En el fondo es lo mismo. La autora dialoga con un extraño interlocutor vestido de negro y se sirve de su aparición para deshilvanar los recuerdos de infancia y juventud, para indagar en las arenas del sueño, en las simas de la memoria, en lo inexplicable de la conciencia, en los vericuetos absurdos de la existencia. No importa tanto el cómo, sino el qué. Y la presencia casual o deliberada, real o mágica, activa o recurrente del interlocutor. Uno de los más bellos libros de Carmen Martín Gaite que recuerdo haber leído y releído imbuido por una cálida sensación de afinidad, se titula «La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas» (Nostromo, 1973). En él se hallaba liberada el ansia de comunicarse a todo trance con otra u otras personas que sepan escuchar y a la vez deseen ser escuchadas; hablar y dejar hablar mirándose a los ojos sin descubrir en las pupilas rastros de veladuras, sabiendo cada uno que existe el otro o los otros, intercambiando el calor de los cuerpos a través del diálogo intelectual basado en la búsqueda de recuerdos comunes, afectos y curiosidades compartidas e incluso controvertidas con avidez, logrando convencerse satisfactoriamente que por una vez siquiera la voz no se diluye en sus propias resonancias, no se extingue estéril en la cámara vaciada del monólogo, trasunto del abismo sin fondo.

Entiendo que la vida, y por consiguiente la obra de Carmen Martín Gaite, gira toda y al mismo tiempo se justifica en este «leit motiv»: la búsqueda de interlocutor. Nada nuevo, por cierto. ¿Acaso no es esa búsqueda la que induce al escritor a sacrificarse en la hoguera de la escritura, a aceptar la mayoría de las veces su condición de heterodoxo, reo seguro de toda suerte de inquisiciones, a cambio de expresar su verdad fantasmagórica y suponer que será detectada por alguien que la comparta o tan sólo haga el esfuerzo de comprenderla? Pienso ahora en el valor referencial, dando por sentado el histórico, que tiene otro libro no literario de Carmen Martín Gaite, «El proceso de Macanaz» (Taurus, 1970). Atraída en un momento dado por la figura hasta entonces nebulosa del heterodoxo don Melchor de Macanaz, condenado por el Santo Oficio durante el reinado de Felipe V, a quien sirvió con vana realtad. Escribir esta obra la obligó a investigar concienzudamente en archivos y bibliotecas, desde el Ateneo de Madrid a Simancas, para al fin explicarse y explicarnos con monástico rigor el funcionamiento demencial de este país en la época de transición del barroco al siglo de las luces. Pero curiosamente, al margen de cómo se interprete el mero hecho de haberse sentido llamada por el personaje en un período determinado de su vida (1962) —ofrece una versión de sus relaciones con Macanaz en «La búsqueda de interlocutor»—, y de la importancia histórica que sin duda tiene su estudio, la obra participa y nos hace partícipes de la atmósfera inconfundible de interior que caracteriza a Carmen Martín Gaite.

Me planteo cómo definir, o mejor describir, la esencia de esa atmósfera que en principio se revela sensitiva. Como lo es en Proust, por poner un alto ejemplo. En ambos casos y sin que el paralelismo sugiera ningún tipo de nexo entre uno y otra, el lector va sintiéndose poco a poco impregnado por la singularidad de la atmósfera que trasciende del texto y que, evidentemente, en el arranque le resulta extraña. Hasta que sin apenas percibirlo de modo consciente, sus propios pulmones llegan a nutrirse de aquella atmósfera literaria en la que la obra encuentra su sentido, su más íntima razón de ser. Es la atmósfera que dota de vida a los personajes y los perfila con rasgos personales que impide confundirlos con otros de similar textura. Y es entonces cuando uno se detiene, alertado por la conciencia de ser arrastrado por el fluir de una corriente de caudal impetuoso que discurre por debajo y por encima de las anécdotas argumentales, y advierte sin la menor sorpresa que en esa vaporosidad etérea, en su intensa capacidad de envolver al lector hasta hacerlo suyo, reside la importancia real de la obra y la clave del extraño atractivo que ejerce sobre nosotros.

Se trata en definitiva de la atmósfera propia de un lugar cerrado, excepto por uno de los lados que se abre a la distancia del exterior. Pero el punto de mira del mundo de fuera es siempre interior, porque la persona que observa lo externo lo hace sin moverse del espacio cuatridimensional que la cobija. Carmen Martín Gaite es la castellana de esos gruesos muros, que mantienen la estancia sumida en la tenue claridad de nido o de claustro ovular: las paredes empapeladas de oscuro, cada mueble, búcaro, libro o cuadro un recuerdo a flor de piel, llaves que abren el cerrojo de la introspección donde el tiempo ralentiza su ritmo y no se hace necesario cerrar los párpados para dialogar con individuos vestidos de negro o con siluetas de interlocutores que asienten o desmienten a voluntad, confundidas en la decadente media luz de tonos ocres, capaz de crear ilusiones ópticas aun cuando a la postre resulta que la autora dialoga exhaustivamente consigo misma, esto es, con los relieves de su propia sombra múltiple reflejada en las paredes. Afuera es otoño o invierno, llueve cansinamente, goteo monótono del cielo alto y hermético, el frío suele ser acerado y los contornos, bien de la aglomeración urbana, bien de la naturaleza domesticada, aparecen difusos, casi borrados por la niebla que los aleja del par de ojos agazapados entre los visillos, desde el cuarto de atrás o en lo profundo de la casona inhóspita, junto al llamear devorador de los leños en el hogar. Todo ello invita a acurrucarse lo más cerca posible del fuego y dejar que el miedo y la soledad escriban, a su modo, el relato sublimado de sus vivencias.

Robert SALADRIGAS

MESA DE REDACCION

SIETE POETAS, ESPAÑOLES, A DIEZ MIL EJEMPLARES

En ruso. Son los presentados, en un pulcro y baratísimo volumen —1 rublo y 20 kópeks—, de tres centenares y medio de páginas, por la editorial moscovita Progress con amplio estudio liminar de V. Stolbov, selección de textos por el mismo y por Agustín Manso Aguirre, de quien son también las notas biobibliográficas. Los poetas representados son: León Felipe, con el mayor número de poemas, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Gloria Fuertes, Angel González, José Agustín Goytisolo y José Angel Valente. Siete igualmente, son los traductores y entre ellos sobresale el joven poeta y probado hispanista Serguéi Goncharenko, a cuya admirable competencia —nadie ha traducido más fielmente a Lorca en ruso— se deben las versiones de los poemas de Aleixandre, Goytisolo y Valente, casi la mitad de esta antología.

MIENTRAS EL DICTADOR O BUROCRATA DE TURNO...

«Mientras el dictador o burócrata de turno hablaba / en defensa del desorden constituido del régimen / él tomó un endecasílabo o verso nacido del encuentro / entre una piedra y un fulgor de otoño // afuera seguía la lucha de clases, el / capitalismo brutal, el duro trabajo, la estupidez, / la represión, la muerte, las sirenas policiales cortando / la noche, él tomo el endecasílabo y // con mano hábil lo abrió en dos cargando / de un lado más belleza y más / belleza del otro, cerró el endecasílabo, puso el dedo en la palabra inicial, apretó // la palabra inicial apuntando al dictador o burócrata / salió el endecasilabazo, siguió el discurso, la estupidez, la represión, la muerte, las sirenas policiales cortando la noche // este hecho explica que ningún endecasílabo derribó hasta ahora / a ningún dictador o burócrata aunque / sea un pequeño dictador o un pequeño burócrata, y también explica que / un verso puede nacer del encuentro entre una piedra y un fulgor de otoño o // del encuentro entre la lluvia y un barco y de / otros encuentros que nadie sabría predecir, o sea / los nacimientos, casamientos, los / disparos de la belleza incesante.»

Es el hermoso poema que abre la parte inédita del volumen «Hechos y relaciones», de reciente aparición en Barcelona. De su autor, el bonaerense Juan Gelmán, 50 años, escribe Eduardo Galeano, prologuista del volumen: «El es, para mi gusto y el de muchos, uno de los mejores poetas actuales de la lengua castellana... En la Argentina, su país, está prohibido. Los oprimidos suelen equivocarse de enemigo; los opresores, no. El poeta no vive de espaldas. Dice palabras puras, pero no inocentes». El azar de la lectura del volumazo «Los estrategas del miedo» (Voxmundi, Ginebra), en que Pierre F. de Villemarest, largo tiempo adscrito al servicio exterior de la Agencia France-Press y ahora cronista en «L'Aurore», con gran acopio de documentación y exaltación no menor analiza veinte años de guerra revolucionaria en la Argentina, nos brinda más datos, en cuya veracidad no entraremos, obviamente.

«Tengo ante los ojos, al terminar este estudio —escribe— no solamente el "Código de justicia revolucionaria", elaborado e impreso por los Montoneros en una de sus 23 imprentas clandestinas, sino, de 1975 a 1979, sus anuncios de ejecuciones o de condenas a muerte "por contumacia", que se han de ejecutar cuando sea y donde sea, por sus comandos, por deserción, porque han decidido abandonar la lucha armada. Así la condena el 3 de septiembre de 1975 de Fernando Haymal, alias "Valdez"... Otro expediente de trece páginas, de fecha 16 de marzo de 1979, condena a muerte a los «desertores» de la alta dirección de Montoneros: Roberto Gabriel Galimberti, Juan Gelman, Roberto Mauricio Bullrich y Claudia Genoud. Condena firmada por los miembros del siguiente consejo superior: Mario Firmenich...», etcétera. Y añade: «Juan Gelmán fue presentado ante la prensa francesa en 1976 como un dulce poeta. Ello no impide que... perteneciera a los hombres de confianza del Che y fuera hasta su deserción el adjunto de Bonasso, jefe del "servicio de prensa" de los Montoneros». En cuantas partes cuecen habas, ya es sabido, sólo el escritor delinque.

DE OTROS ENDECASILABOS

En la siempre interesante revista barcelonesa «Hora de Poesía», que la producción poética nostral alterna con la traducción —además del texto original— de poetas de otras literaturas (y lo mismo se diga en cuanto a la temática de los estudios críticos), el italianista y poeta Antonio Colinas: el que con su galardonado «Sepúlcro en Tarquinia», contó entre los grandes del movimiento culturalista, trata largo y tendido del soneto dantesco «Due donne in cima della mente mia», acompañando luego su traducción. Puede inducir a confusión allá donde se lee: «Sin la gravedad, como queda dicho, de algunos extensos pasajes en verso de la "Vita Nuova" y sin la complejidad metafísica de la "Commedia", las "Rime" nos entregan a un Dante que expone los temas con una sincera espontaneidad... Las "Rime" tienen ese carácter modesto, amable, casi coloquial...», etcétera. En primera, porque las «Rime» no se limitan a recoger su obra poética juvenil, poesías de la «Vita Nuova» y canciones comentadas en «Il Convivio» incluidas, sino que abarcan toda la producción poética de Dante al margen de la «Commedia». Con las rimas «petrose» de poco antes del exilio —andada la mitad del camino de su vida—, las requintadas y arnautdanielescas sextinas, la soberbia y nada sencilla canción moral «Tre donne intorno al cor mi son venute», que es ya de los largos años del exilio.

Muy perspicaz, por otra parte, en su análisis del contenido del soneto antes citado, soneto que nos sirve en doble versión, en verso y en prosa. «La primera —advierte— sometida consecuentemente al rigor métrico y, por tanto, limitada, aunque, eso sí, salvando parte —sólo parte— de la musicalidad original.» No tenemos inconveniente en reconocerle lo que atañe a la musicalidad; pero cuesta seguirle en lo del rigor métrico. Ante todo, porque ese soneto ha traducido en endecasílabos blancos. Y también porque sus endecasílabos... Algún ejemplo: «Posee una cortesía y valores, / prudencia, honestidad la acompañan» («l'una ha in se cortesia e valore, / prudenza e onestà in compagnia»); «tiene la otra belleza y encanto, / la adorna y la honora gentileza» «l'altra ha bellezza e vaga leggiadria, / adorna gentilezza le fa onore»). Nada que objetar a su versión en prosa poética.